Volver a hacer historia juntos

Vivienda, memoria y las movilizaciones de una sociedad que busca su futuro

MARTIN STUTZ LUCCA · OCT 3

1 Compartir

Encuentra más de Disidencia Controlada
Un espacio para pensar sin pedir permiso, cuestionar lo establecido y explorar las contradicciones de nuestro tiempo.
Ingresa tu correo electrónico...
Suscribirse
Al suscribirte, aceptas los Términos de uso de Substack y reconoces su Aviso de recopilación de información y su Política de privacidad.
¿Ya tienes una cuenta? Iniciar sesión

Hay una forma de d[illegible] una bandera, ni de un di[illegible] libros de historia. Se instala l[illegible]ntarnos si aquello que estamos [illegible]s que ya no esperamos demasiado, que hemos aprendido a calcular antes de desear, que hacemos cuentas antes de imaginar, o que aceptamos determinadas renuncias con una naturalidad que quizá nuestros padres habrían considerado una forma de fracaso. Y lo más extraño es que nadie nos ha obligado exactamente a rendirnos. Hemos aprendido a hacerlo nosotros mismos.

Tal vez esa sea una de las razones por las que la cuestión de la vivienda resulta mucho más profunda de lo que parecen indicar los precios de los alquileres o el coste de una hipoteca. No se trata solamente de cuánto dinero necesitamos para disponer de un techo. La cuestión central es lo que ocurre en nuestra cabeza cuando descubrimos que una parte fundamental de la vida depende de condiciones sobre las que sentimos que apenas tenemos control. Se trata del momento en que una persona deja de pensar que está atravesando una dificultad temporal y empieza a considerar que esa problemática define su lugar en el mundo.

Hay algo profundamente doloroso en esa transformación porque afecta a una de las promesas más antiguas de la vida adulta: la posibilidad de construir un lugar propio. No necesariamente una propiedad. No hablo de comprar una vivienda, ni de acumular patrimonio, ni siquiera de formar una familia. Me refiero a algo mucho más sencillo: saber dónde estaremos dentro de unos años. Poder mirar alrededor y reconocer el barrio, los vecinos, las calles por las que hemos caminado durante décadas. Tener la sensación de que nuestra existencia posee una cierta continuidad.

Cuando esa continuidad desaparece, no siempre lo advertimos inmediatamente. Primero llega una pequeña renuncia. Después otra. Se aplaza una mudanza, se comparte una vivienda durante más tiempo del previsto, se acepta un trayecto interminable hasta el trabajo, se abandona un barrio, se renuncia a una habitación más para los hijos, se pospone la posibilidad de vivir solo. Poco a poco dejamos de llamar sacrificio a lo que estamos haciendo porque necesitamos encontrar una palabra que nos permita seguir adelante sin sentirnos derrotados.

Y entonces aparece una de las operaciones psicológicas más eficaces de nuestro tiempo: convertir una circunstancia colectiva en una responsabilidad individual.

Erich Fromm comprendió que una sociedad no se limita a organizar las relaciones económicas; también fabrica determinadas formas de personalidad. En *Tener o ser*, su crítica no se dirige únicamente contra la acumulación material, sino contra una existencia en la que nuestro valor termina midiéndose por aquello que poseemos. La vivienda representa quizá uno de los ejemplos más claros de esa contradicción. Necesitamos un hogar para vivir, pero el sistema económico puede convertir ese mismo espacio en patrimonio, inversión, activo financiero o fuente de rentabilidad. La palabra «casa» contiene ambas realidades y, entre ellas, existe una tensión que ya no podemos ignorar.

Porque cuando una vivienda se contempla fundamentalmente desde su valor económico, quien no puede acceder a ella corre el riesgo de sentirse económicamente insuficiente. Ya no parece que exista un conflicto entre una necesidad humana y una estructura determinada. Parece que hemos sido nosotros quienes no hemos sabido llegar.

Ahí comienza la culpa, un arma políticamente muy poderosa porque aísla.

Una persona que cree haber fracasado intenta corregirse. Busca otro empleo, trabaja más horas, reduce gastos, cambia de ciudad, comparte piso, pide ayuda a su familia, aplaza decisiones. Hace todo aquello que una persona responsable debería hacer. Lo intenta una vez, y otra. Si finalmente no lo consigue, la explicación vuelve sobre ella misma: no ha tenido suficiente suerte, no ha sabido ahorrar, eligió mal, llegó tarde, estudió algo que no tenía salida, no encontró la pareja adecuada, no recibió ayuda familiar, no fue suficientemente prudente.

La estructura desaparece. Queda la biografía.

Pierre Bourdieu dedicó una parte esencial de su trabajo a mostrar precisamente cómo las desigualdades pueden quedar ocultas cuando observamos únicamente los resultados individuales. Dos personas pueden esforzarse exactamente igual y partir de posiciones completamente diferentes. Una puede contar con una vivienda familiar, una herencia, padres capaces de ayudar o un empleo estable desde muy joven. Otra puede comenzar su vida adulta pagando un alquiler, sosteniendo a familiares o atravesando períodos de desempleo. Cuando ambas son juzgadas únicamente por su capacidad para prosperar, la desigualdad previa queda convertida en una diferencia aparentemente natural de mérito.

La vivienda hace visible esa distancia con una crudeza especial. No todos heredamos un lugar donde vivir, ni tenemos a quién llamar cuando llega una subida del alquiler.

No todos podemos esperar. No todos podemos marcharnos. Y, sin embargo, hemos construido una cultura que suele presentar la autonomía como si consistiera en arreglárselas solo.

Quizá por eso me interesa menos preguntarme por qué la vivienda se ha encarecido que preguntarme por qué hemos tardado tanto en reconocer que aquello que estaba ocurriendo no podía resolverse individualmente.

Porque el fenómeno lleva años delante de nosotros. Lo hemos visto en los barrios que cambian de habitantes, en las familias que permanecen juntas por necesidad económica, en quienes trabajan en una ciudad y viven cada vez más lejos, en los mayores que temen una subida de renta, en las personas separadas que descubren que dos hogares cuestan mucho más que uno, o en quienes encadenan contratos de alquiler sin llegar nunca a sentir que han encontrado un lugar estable. Lo hemos visto también en nuestras propias conversaciones, cuando alguien cuenta cuánto paga y los demás responden con una mezcla de sorpresa y resignación antes de continuar hablando de otra cosa.

Tal vez porque hemos aprendido a convivir con el deterioro. Y convivir con algo durante mucho tiempo produce un efecto extraño: termina modificando nuestra percepción de lo tolerable.

Freud comprendió que el ser humano puede acostumbrarse a formas de malestar que, contempladas desde fuera, parecen insoportables. No porque deje de sufrirlas, sino porque desarrolla mecanismos para seguir viviendo con ellas. En el ámbito social sucede algo parecido, aunque no podamos trasladar directamente sus conceptos clínicos a una sociedad entera. Una dificultad prolongada puede dejar de producir una reacción visible y convertirse en paisaje. Lo extraordinario termina pareciendo normal simplemente porque lleva demasiado tiempo presente.

Quizá eso explique una parte del silencio que rodea a la vivienda: no estamos ante una sociedad satisfecha. Estamos ante una sociedad cansada.

Y no es lo mismo. El cansancio puede coexistir con la rabia, pero reduce la capacidad para convertirla en acción. Una persona exhausta piensa primero en llegar a mañana. Quien trabaja muchas horas, tarda dos en desplazarse, cuida de sus hijos y sostiene económicamente a sus padres puede comprender perfectamente que existe una injusticia sin disponer de la energía necesaria para combatirla. El problema deja entonces de ser la falta de conciencia y pasa a ser la falta de tiempo, de fuerzas, de confianza y de expectativas.

Hartmut Rosa ha descrito nuestra época a partir de la aceleración. Trabajamos deprisa, nos desplazamos, respondemos, consumimos deprisa, mientras el tiempo necesario para detenernos y preguntarnos qué estamos haciendo parece disminuir constantemente. La vivienda introduce una paradoja terrible en ese mundo acelerado: necesitamos correr cada vez más para poder permanecer en un lugar.

Quizá por eso el concepto de permanencia me parece tan importante. Permanecer no significa poseer. Tampoco significa quedarse inmóvil. Significa poder construir una continuidad.

Henri Lefebvre habló del derecho a la ciudad mucho antes de que la expresión adquiriera la presencia que tiene hoy. Para él, habitar un espacio urbano no consistía únicamente en ocupar una vivienda, sino en participar de la vida producida dentro de ese territorio. Una ciudad pertenece también a quienes la trabajan, la cuidan, la recorren, educan allí a sus hijos y construyen relaciones en sus calles. Cuando una persona es expulsada porque ya no puede asumir económicamente el coste de permanecer, pierde más que una dirección: pierde una parte de su mundo.

Y aquí aparece algo que quizá explique por qué este asunto me resulta especialmente difícil de mirar con indiferencia.

Yo viví el 15M con una edad parecida a la que tienen muchas de las personas que hoy están protagonizando las acampadas por la vivienda. Recuerdo aquella sensación de estar viviendo un momento que no sabíamos muy bien hacia dónde conduciría. Había entusiasmo, pero también ingenuidad. Había discusiones interminables, contradicciones, decepciones y una enorme distancia entre lo que imaginábamos y aquello que finalmente sucedió. Con los años, uno aprende a mirar aquellos días con menos romanticismo.

Pero hay algo que sí permanece. La sensación de que, durante un tiempo, muchas personas dejaron de pensar que estaban solas.

Eso fue quizá más importante que cualquier consigna. Una persona podía llegar a una plaza pensando que su situación era exclusivamente suya y descubrir allí que miles de desconocidos habían experimentado algo parecido. La transformación fundamental no consistía únicamente en ocupar un espacio público. Consistía en cambiar la interpretación de la propia vida.

«Me pasa a mí» empezaba a convertirse en «nos está pasando». Y esa pequeña modificación gramatical contenía una enorme transformación política.

Hoy las circunstancias son diferentes. No estamos ante el mismo país, ni ante la misma generación, ni ante la misma crisis. El 15M surgió después de una devastación financiera que había destruido empleos, ahorros y expectativas. Las actuales protestas nacen alrededor de una dificultad más concreta, aunque sus consecuencias sean mucho más amplias: la imposibilidad creciente de acceder o permanecer en una vivienda en condiciones razonables.

Pero existe un paralelismo que me parece imposible ignorar. En ambos momentos aparece una generación que se niega a aceptar que determinadas condiciones sean simplemente el precio de hacerse adulta.

Y quizá los demás deberíamos preguntarnos por qué hemos aceptado tanto. No solamente los jóvenes. Nosotros. Quienes llevamos más años.

Quienes ya conocemos el funcionamiento de las instituciones. Quienes hemos visto pasar gobiernos, hemos participado alguna vez en una manifestación y después dejamos de hacerlo. Quienes tuvimos ilusiones políticas que terminaron erosionándose. Quienes aprendimos a ser prudentes después de descubrir que muchas esperanzas no se cumplen.

Porque existe una nostalgia que me parece mucho más interesante que aquella por nuestra juventud. Es la nostalgia por el momento en que todavía creíamos que determinadas transformaciones eran posibles. No echo de menos tener veinte años. Echo de menos, quizá, aquella sensación de que el futuro no estaba completamente decidido.

Paul Ricoeur resulta especialmente útil para comprender esa relación entre memoria y esperanza. La memoria no consiste simplemente en conservar imágenes del pasado. También participa en la manera en que interpretamos quiénes somos y qué posibilidades imaginamos para nuestro futuro. Una sociedad que solo recuerda sus derrotas termina convirtiendo la decepción en una identidad. Una sociedad capaz de recordar también sus conquistas puede descubrir que muchas de las condiciones que hoy parecen naturales fueron, en otro momento, reivindicaciones difíciles.

Aquí aparece algo fundamental. La esperanza no es optimismo. El optimismo espera que las cosas salgan bien. La esperanza permite actuar incluso cuando no sabemos cómo terminará la historia.

Ernst Bloch convirtió esa diferencia en uno de los grandes temas de su filosofía. La esperanza, entendida como anticipación de una posibilidad todavía inexistente, no significa creer que el futuro nos debe una victoria. Significa aceptar que el presente no agota todas las posibilidades humanas.

Tal vez eso sea lo que estamos perdiendo. No únicamente una vivienda asequible. La capacidad de imaginar que las condiciones actuales pueden cambiar.

Porque una sociedad puede soportar una enorme cantidad de injusticias cuando consigue convencerse de que no existe alternativa.

Mark Fisher llamó «realismo capitalista» a esa dificultad para imaginar otro horizonte. En el terreno residencial resulta especialmente evidente. Podemos imaginar perfectamente que dentro de diez años el alquiler será más caro, que algunas ciudades serán todavía más inaccesibles, que tendremos que vivir más lejos o compartir durante más tiempo. Lo que cuesta imaginar es una organización económica en la que la vivienda deje de funcionar principalmente como un mecanismo de acumulación patrimonial.

No porque sea imposible imaginarla. Porque hemos aprendido a no hacerlo. Y quizá ese aprendizaje sea uno de los mayores éxitos culturales del sistema. Nos ha enseñado a administrar la derrota antes incluso de haberla experimentado.

Por eso una movilización como la actual tiene interés aunque no sepamos cuál será su desenlace. Después del rechazo parlamentario de los dos decretos de vivienda aprobados por el Gobierno el 29 de septiembre, las organizaciones de inquilinos han mantenido las protestas y han planteado avanzar hacia una posible huelga general de vivienda, todavía sin una fecha definitiva. Las movilizaciones del 3 de octubre se extienden a numerosas ciudades españolas. La dimensión concreta de ese movimiento todavía está por determinar, pero su aparición revela que una parte de la población ha decidido dejar de interpretar la dificultad residencial exclusivamente como una cuestión privada.

Y ahí empieza lo verdaderamente importante. No sabemos si estas protestas conseguirán sus objetivos, ni sabemos si la propuesta de huelga llegará a materializarse.

No sabemos si el movimiento crecerá, se dividirá o desaparecerá. La historia no permite garantizar ninguna de esas posibilidades.

Pero sí podemos reconocer el valor de un cambio en la conciencia: alguien que durante años pensó «no puedo pagar mi casa» empieza a preguntarse «¿por qué tenemos que vivir así?».

La primera pregunta busca una solución individual. La segunda abre un conflicto político. Y quizá necesitemos recuperar precisamente esa capacidad para formular preguntas que no puedan responderse únicamente con esfuerzo personal.

Porque la vivienda no es solamente un asunto de quienes tienen veinte años. La edad cambia, la vulnerabilidad también. Pero la inseguridad permanece.

Y aquí encuentro una de las mayores contradicciones de nuestra época: cuanto más generalizado se vuelve el problema, más individual parece la respuesta.

Cada familia hace sus cuentas. Cada persona busca una salida. Cada cual intenta resistir. Y mientras tanto, el conjunto permanece fragmentado.

El sociólogo Richard Sennett escribió sobre la erosión de los vínculos duraderos y sobre las consecuencias humanas de una sociedad en la que la incertidumbre termina convirtiéndose en norma. La vivienda representa una expresión especialmente material de esa transformación. Cuando no sabemos dónde estaremos dentro de dos años, resulta más difícil construir una relación estable con el territorio, con los vecinos, con las instituciones e incluso con nuestra propia idea de futuro. Una vida completamente provisional termina produciendo una identidad provisional.

Quizá por eso el derecho a permanecer tenga una dimensión mucho más profunda que la estrictamente inmobiliaria. Necesitamos lugares donde recordar. Lugares donde ser reconocidos y desde los que poder imaginar el mañana.

La pérdida de ese arraigo no siempre aparece en las estadísticas, pero puede sentirse en una conversación, en una mudanza, en una llamada telefónica a un familiar, en la sensación de entrar por última vez en una casa que ya no podremos mantener. Hay una dimensión emocional de la crisis residencial que ninguna tabla de precios puede recoger completamente.

Y, sin embargo, los datos importan, porque nos permiten demostrar que aquello que muchas personas sienten no es una impresión aislada. El Instituto Nacional de Estadística ha registrado una subida interanual del 12,2 % en el precio de la vivienda durante el segundo trimestre de 2026. La vivienda usada aumentó un 12,9 %. Las ejecuciones hipotecarias sobre viviendas habituales también crecieron durante el mismo periodo. Son cifras que ayudan a comprender que no estamos ante una suma de experiencias particulares sin relación entre sí.

Pero los números deben servir para devolvernos a las personas. De poco sirve saber cuánto ha aumentado un índice si olvidamos qué significa para alguien recibir una carta comunicándole una subida que ya no puede asumir.

Resulta estéril hablar de porcentajes si no somos capaces de comprender lo que supone abandonar un barrio después de treinta años.

De poco sirve calcular el esfuerzo residencial si olvidamos que detrás de ese esfuerzo existe una vida entera intentando permanecer.

Por eso quizá la pregunta más importante no sea cuánto cuesta una vivienda, sino cuánto estamos dispuestos a sacrificar para conservarla.

Y cuánto tiempo podremos seguir considerando individuales sacrificios que afectan a millones.

La respuesta tampoco puede reducirse a un partido político. El PSOE lleva desde 2018 participando en los gobiernos estatales y ha impulsado la Ley de Vivienda de 2023, además de las medidas recientemente rechazadas en el Congreso. Después de tantos años, resulta legítimo exigir resultados y analizar las contradicciones entre los objetivos anunciados y la realidad residencial. Pero también sería demasiado sencillo atribuir todo el fenómeno a una sola formación: las competencias están distribuidas entre distintas administraciones y las políticas de suelo, urbanismo, construcción, alquiler y vivienda pública dependen de decisiones adoptadas en diferentes niveles.

La discusión merece más profundidad que una batalla partidista. También mirar hacia los intereses económicos que intervienen en ella. Promotores, constructoras, entidades financieras, fondos de inversión, grandes propietarios y asociaciones empresariales poseen capacidades de influencia diferentes de las que tiene un ciudadano que negocia individualmente su contrato de alquiler. Mantener interlocución con las instituciones es legítimo y forma parte de cualquier democracia plural. Otra cuestión es comprobar qué intereses poseen más recursos, más tiempo y más acceso para intervenir en la definición de las reglas.

Ahí aparece nuevamente la desigualdad. No solamente en el dinero. También en la capacidad de ser escuchado.

Y quizá esa sea una de las razones por las que la movilización importa. No porque toda protesta tenga razón en cada una de sus propuestas, ni porque cualquier organización esté libre de contradicciones. Importa porque transforma una experiencia privada en una conversación pública y, con ello, devuelve a las personas una pequeña parte de la capacidad que habían perdido.

La política comienza muchas veces mucho antes de votar. Comienza cuando dejamos de pensar que nuestra desgracia es exclusivamente nuestra, o cuando descubrimos que aquello que nos avergonzaba también le ocurre a otros.

Comienza cuando dejamos de pedirnos únicamente paciencia y empezamos a exigir explicaciones.

Y quizá, después de tantos años, necesitemos precisamente eso: una explicación que no nos culpabilice por no haber podido resolver individualmente aquello que nunca fue individual.

No sé qué ocurrirá con las acampadas. No sé si habrá una huelga de vivienda. Desconozco si quienes hoy llenan las plazas conseguirán transformar su fuerza en algo duradero.

Pero sí sé que hay algo profundamente valioso en que una generación vuelva a decir que no quiere aceptar como destino aquello que le ha sido presentado como inevitable.

Y quizá quienes vivimos el 15M con una edad semejante debamos escuchar esa voz sin paternalismo y sin nostalgia excesiva.

No para decirles cómo deben luchar. Para recordar con ellos algo que nosotros también supimos alguna vez. Que la historia no está terminada.

Que una sociedad puede acostumbrarse a casi cualquier cosa, pero también puede dejar de acostumbrarse. Que la resignación no es una característica natural de la edad. Ni hacerse mayor no debería significar renunciar a imaginar.

Y que quizá el verdadero derecho que estamos defendiendo cuando hablamos de vivienda no sea el de poseer una propiedad, sino algo mucho más elemental: el derecho a construir una vida sin que el lugar donde esa vida sucede pueda sernos arrebatado continuamente por una lógica que hemos terminado aceptando como inevitable.

Tal vez por eso las calles vuelven a llenarse. No solamente para pedir una casa. Para recordar que todavía podemos preguntarnos qué significa vivir.

Y quizá esa pregunta, después de tantos años, sea una forma pequeña pero necesaria de esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

Bourdieu, Pierre; Las estructuras sociales de la economía; Anagrama; 2006.

Bloch, Ernst; El principio esperanza; Trotta; 2004-2007.

Castells, Manuel; La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos; Alianza; 1986.

Fisher, Mark; Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?; Caja Negra; 2016.

Fromm, Erich; ¿Tener o ser?; Fondo de Cultura Económica; 1978.

Lefebvre, Henri; El derecho a la ciudad; Alianza; 2024.

Ricoeur, Paul; La memoria, la historia, el olvido; Trotta; 2010.

Rosa, Hartmut; Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía; Katz; 2016.

Suscríbete a Disidencia Controlada
Por Martin Stutz Lucca · Launched 5 months ago
Un espacio para pensar sin pedir permiso, cuestionar lo establecido y explorar las contradicciones de nuestro tiempo.
Escribe tu correo electróni Suscribirse
Al suscribirte, aceptas los Términos de uso de Substack y reconoces su Aviso de recopilación de información y su Política de privacidad.
1 Like
1 Compartir
Discusión sobre este post
Comentarios Restacks
Escribe un comentario...

Sigue leyendo

OCT 24 • MARTIN STUTZ LUCCA
El deseo de lo imposible
Jung, Lacan y Schopenhauer ante el misterio de enamorarnos de quien no nos pertenece.

AUG 31 • MARTIN STUTZ LUCCA
El animal que necesita a los otros
Aristóteles, la vida común y la memoria de los encuentros que nos transforman

NOV 24 • MARTIN STUTZ LUCCA
La renuncia de nosotros mismos
¿Hemos madurado o aprendido a vivir sin aquello que nos hacía sentir vivos?

VER TODO

Disidencia Controlada
Un espacio para pensar sin pedir permiso, cuestionar lo establecido y explorar las contradicciones de nuestro tiempo.
Acerca de Archivo
Tu dirección de correo electrónico SUSCRIBIRSE

© 2026 Martin Stutz Lucca · Privacidad · Términos · Aviso de recolección
Crear un substack Descargar la app
Substack es el hogar de la escritura, los podcasts y los creadores de medios.